

EXTRACTOS DEL DIARIO DE JUAN CALASANCIO

Lunes, 3 de noviembre de 1969.

Siempre me pasa lo mismo. Los lunes me cuesta la propia vida levantarme. Nuevamente al colegio. Los sábados hay clase hasta la una y, luego, misa en el oratorio. Los curas han ideado esta estrategia para que nos vayamos a casa con la misa del domingo ya escuchada. Es la salvación impuesta por decreto. La tarde del sábado se va volando. Muchos, los que vivimos en el centro, volvemos al colegio para jugar algún partido en el patio del cuartel, el de la sacristía o el patio de cemento. El campo de arena, el más grande, suele estar ocupado por alguna liguilla más o menos oficial. Otras veces jugamos al baloncesto en el patio de la Virgen. El de Matahacas está cerrado para que no molestemos a los castigados que deben permanecer toda la tarde encerrados en el estudio grande.

El domingo sólo me parece alegre por la mañana. Ayer ni siquiera eso. Como fue el día de los difuntos, las campanas de las iglesias del centro han estado doblando todo el día. Las calles de los alrededores de San Ildefonso, de San Pedro, de Santa Catalina, de San Isidoro, se inundaban de tristeza. Por todas partes se oían las campanas tocando a muerto. Según dicen los viejos, ese día, hay que oír tres misas seguidas en sufragio por los familiares que han muerto. ¡De ello nos hemos librado en el colegio gracias a que cayó en domingo!

La mañana del domingo es diferente. Al despertarme, todo me parece más bello y luminoso. Pero todo parece flor de un sueño. Pasado el mediodía pasa lo mejor. La tarde torna la luz en palidez impregnada de ciertos aires de tristeza. Ayer no salí de casa en toda la tarde. No tenía ganas de estudiar. Escuché el Carrusel Deportivo y las informaciones de Juan Tribuna. El Sevilla le ganó al Barcelona dos a cero, goles de Eloy y Pedro Berruezo y el Betis empató a uno en Sarriá, con gol de Quino a pase de Demetrio. Las tardes de domingo parecen haber sido hechas para el fútbol. Los que van al partido siguen los resultados de otros campos por el marcador simultáneo *Dardo*. Con el recorte del periódico en la mano, puede uno estar al corriente de cómo van el resto de los partidos: el colchón Flex, el Licor 43, El Ron Bardinet Negrita, Televisores Vanguard, Tervilor, Reloj Festina... Las calles se llenan de matrimonios y novios que salen a pasear por La Campana, por Tetuán, por la plaza Nueva, por la Avenida, por Sagasta. Las mujeres miran escaparates y van pendientes de otras cosas, pero los hombres van casi todos con el transistor en la mano escuchando el Carrusel Deportivo de la cadena SER. Los que no han podido seguir la jornada o los que han ido al cine salen, al anochecer, buscando por los alrededores del Café Madrid, en la calle Sierpes, al vendedor de *La Gole*. No me cabe la menor duda: Las tardes del domingo parecen haber sido hechas exclusivamente para el fútbol.

Martes, 4 de noviembre de 1969.

Esta mañana ha hecho muchísimo frío. Me ha costado levantarme, como siempre, y he tenido que hacerlo todo deprisa tras haber oído dar la media al reloj de los juzgados de Santa Catalina. La gente caminaba con paso rápido, para quitarse el frío, encogidos, con las manos en los bolsillos. Eso de que no hace frío en Sevilla es un bulo. Pocos son los que tienen abrigo o chaquetones gruesos. En Sevilla suele decirse que el invierno es cosa de días y, así, mientras pasan y no pasan estos malditos días, la gente se muere de frío.

Nada más llegar al colegio, pasando la portería, han sonado las nueve. Salvador, el portero, salía ya a cerrar la cancela de la puerta principal. Me he cruzado con el padre Millán que ya iba hacia la galería de la entrada, con el parte en la mano, dispuesto a apuntar a los que llegasen tarde y dejarlos castigados en el estudio desde las seis hasta las ocho de la tarde. Me ha hecho una mueca, al cruzarme con él, dándome a entender que me he escapado por los pelos. Sigo, medio dormido, galería de las columnas adelante, paso por el túnel en el que está la cabina de proyección del cine y llego al patio de la Virgen. Allí, en la esquina con el corredor que va al patio de Matahacas, está mi clase: 5º B.

Los martes y los jueves, de nueve a diez, tenemos gimnasia. En fila, tras el toque de la campana que está junto a la entrada del comedor y la cocina, nos dirigimos al patio de arena con el macuto de deportes al hombro. Allí, como podemos, bajo el colgadizo de Uralita, nos quitamos los pantalones y los zapatos y nos ponemos las calzonas y las zapatillas de deporte. La mayoría son botas blancas o azules con puntera de goma blanca. Las mías son de las baratas sin marca que me han comprado en la alpargatería de la Alfalfa. Otros, más ostentosos o pudientes, calzan las auténticas Keds. Pero en mi casa me dice que duran lo mismo. Que no merece la pena gastarse veinte duros más porque ponga un letrero de marca en los redondelitos blancos de goma que protegen los tobillos. Casi nadie tiene chandall. Hace tres o cuatro años sacaron un chandall rojo con puños y cuello de color blanco y un letrero en la espalda: Colegio Calasancio. Sevilla. Pero son pocos los que lo han comprado: ¡Los curas los venden muy caros! Además, me dicen en casa, como estoy creciendo, se me quedaría muy pronto chico. La mayoría de nosotros sólo se pone las calzonas y se deja la ropa normal en la parte de arriba: la camiseta de felpa, la camisa y el chaleco grueso de lana. Sólo algún valiente o exhibicionista como Pepe Fuentes o Dávila tienen atuendo deportivo completo.

La ropa la dejamos amontonada donde podemos. Don Antonio Martín Flores toca el silbato y salimos a formar. Sus voces resuenan por todo el patio: ¡A formar! Piii... ¡A cubrirse! Piii... ¡Firmes! Piii... Algunos no se han cambiado y se quedan en el colgadizo con la ropa y los abrigos puestos, esperando a que se acerque Don Antonio para explicarle los motivos por los que pretenden no hacer gimnasia. Ponen cara de pena, su paso es lento y cansino, algunos aparentan cojear ostensiblemente. Se colocan en fila, encorvados y encogidos con las manos en los bolsillos. Diríase, por su aspecto, que acaban de salir de una gravísima enfermedad de la que todavía no se han repuesto. Siempre son los mismos, el Valera, el Jurado, el Herrera, el Vázquez, el Ruiz Robles, el Ferrer, el Najarro... Don Antonio, que es una buena persona, suele escuchar y asentar con la cabeza admitiendo la enfermedad.

Todo se hace a toque de silbato como si estuviésemos en la mili. Nos falta mucho para la mili, pero debe ser algo así. Siempre empezamos con una carrera en fila de a dos, dando varias vueltas al patio, con ritmo lento, para desentumecer músculos. Dadas tres o cuatro vueltas al campo volvemos a formar de cara al cobertizo de Uralita que hace las veces de tribuna y vestuario. Don Luciniano toma entonces el silbato y comienza la tabla de Gimnasia. Saltos abriendo las piernas hacia fuera a la vez que se suben los brazos con palmada arriba. Al toque de silbato, nuevamente firmes. Salto con las piernas afuera a la vez que se extienden los brazos en cruz. A toque de silbato, giro a la izquierda con rebote y vuelta a la posición inicial. Nuevo toque y giro a la derecha, también con rebote y vuelta a la posición inicial. Otro toque y salto a firmes. Finalmente, Don Luciniano, nos hace extender los brazos hacia fuera, en cruz, y con los puños cerrados nos manda hacer circuititos adelante y atrás: dice que con este ejercicio se nos ancharán los hombros y nos pondremos fuertes y musculosos.

Tras varios ejercicios más, antes de deshacer la formación, Don Manuel, el otro profesor de gimnasia, policía y totalmente calvo, se va a entrenar al patio de la sacristía con los de balonmano. Don Luciniano, que también es policía, se lleva al patio del cuartel a Lolo, Fran, Rafa, Ávila y al resto del equipo de balón volea. Don Antonio Martín vuelve a tomar las riendas del grupo que queda y, tras dar una larga y potente pitada, señalando a una y otra portería, lanza la voz: ¡Sevilla... Betis! El griterío es ensordecedor. El balón ya vuela por los aires y, todos, incluidos los supuestamente lisiados que minutos antes no podían ni andar aquejados de diversas dolencias y que no se habían cambiado de ropa ni habían hecho el más mínimo ejercicio, como si hubiesen sido agraciados con una curación milagrosa, todos corriendo y corriendo detrás de la pelota de forma desordenada y bulliciosa. Algunos se toman el partido muy en serio, pero otros, como el Salado, el Herrera, el Jurado, cada vez que cogen la pelota la mandan al rincón de la parte ancha del campo e intentan que no salga de allí. Finalmente, tras innumerables empujones y patadas, alguien logra sacar el balón del rincón y vuelve la normalidad. El partido dura hasta menos diez. Un nuevo pitido da por finalizado el encuentro y, tras cambiarnos de ropa, nuevamente en fila camino de la clase.

A las diez, hoy, martes, ha habido dibujo. Don José, con su gabardina eterna, su cigarro en la mano y su cartera de cuero ha llegado puntual, como siempre. Debe estar cerca de los setenta. Cada año parece haber reducido un palmo su estatura. Cada vez más, va tomando el aspecto de uno de los enanitos de Blancanieves... ese que hacía del olfato su principal virtud y el estornudo el peor de los desastres. Nadie de la clase es, al menos, una cuarta más alto que él. Su prominente nariz, con grandes poros abiertos y surcada por dilatadas venas, le confiere un aspecto *quasi* carnavalesco. Parece una máscara veneciana. No obstante, parece un buen hombre. Debe haber estado toda la vida dando clase de dibujo en el colegio. Casi podría haber empezado con San José de Calasanz en su escuela del Trastevere de Roma. A veces se queda dormido en clase o, al menos da una cabezada, cosa que aprovechamos para ayudar a los que están en la pizarra.

Su indumentaria es siempre la misma. Traje gris liso o de espiguilla, corbata de colores discretos y abrigo largo gris, siempre el mismo, que en su día le llegaría a media pierna, pero ya le cubre hasta casi el tobillo. Caso de estar lloviendo, el abrigo es sustituido por una gabardina beige. El sombrero siempre le acompaña como intentando aparentar algún centímetro más. Sus zapatos, de cuero marrón perfectamente

embetunados, crujen con sus pasos como una puerta que se hincha los días de lluvia. Las punteras están levantadas, como si el pie se hubiese ido encogiendo poco a poco y le sobrarian varios centímetros de zapato.

Su llegada a la clase ocurre entre un griterío ensordecedor. Pocos son los que permanecen en su asiento. Unos están pintando barbaridades en la pizarra; otros mirando un nuevo invento técnico que dicen sustituirá al disco de vinilo. Miguel Ángel Del Valle, que tiene un hermano en Preu que está muy al día en música moderna, ha traído un artefacto de tamaño aún menor que un paquete de tabaco y que dice le llaman cassette, en francés, que todavía no tiene un nombre traducido en español. Don José llega entre gritos a su mesa de profesor. Deposita sobre ella la cartera de cuero, el sombrero y el abrigo largo. Levanta los ojos y mira a la clase. No se inmuta. Hace indicación con la mano de que nos sentemos. Nadie le hace caso. Se lleva el dedo índice derecho a la boca y sisea pidiendo silencio. Nadie se calla. De seguir la cosa así aparecerá en cualquier momento el padre Millán y nos castigará por falta de respeto a un profesor que bien podría ser nuestro abuelo. Don José lo da por imposible. Tras pedir una y otra vez silencio, se dirige, tiza en mano, a la pizarra de la izquierda. Da un trazo vertical y hace una división en dos partes. Parece mentira, con la edad que debe tener, el pulso tan firme que tiene. Poniéndose de puntillas, lo más alto que le es posible, comienza a escribir el nombre de un alumno: Salado Lahera. En la parte de la derecha: Sánchez Sánchez. Baja los dos escalones del estrado, pasa por delante de su mesa y se dirige a la pizarra de la derecha. Realiza la misma operación y escribe: Soria Conde y Soto Díaz.

Alea et jacta est. Los citados tienen toda la hora de clase para pintar un jarrón, guiándose por el método de dibujo correspondiente a nuestro curso 5º de bachiller. El resto de los alumnos realiza sus dibujos en su pupitre y, los más listos, se acercan a la mesa a hacer alguna pregunta, sabedores de que Don José, a poco que se anime, les realizará prácticamente todo el dibujo. Finalizada la clase, Don José califica los dibujos realizados en la pizarra, generalmente con la ayuda de algún amigo que ha subido a la pizarra mientras otros tapaban al profesor y le entretenían con preguntas. Esta nota servirá de media con los trabajos realizados en casa en el bloc.

La campana suena y, tras ella, se oye un estruendo en el patio de la Virgen. Se oyen los golpetazos de las tapas de los pupitres para guardar los cuadernos, los ruidos de los cierres de los estuches y los plumierres, los golpes secos de los asientos al ser levantados y chocar bruscamente contra el respaldo. Llega la hora del recreo. Los niños salen corriendo de sus clases camino de los urinarios para llegar los primeros y no tener que guardar cola. Otros entretienen la espera bebiendo en los múltiples chorros de agua que salen hacia arriba, cuya llave de paso ha abierto el padre prefecto. El partido se improvisa rápidamente. No siempre hay una pelota disponible, pero basta con un poco de papel de plata de envolver chocolate para hacer una pelota y correr todos tras ella. Son sólo diez minutos, pero saben a gloria. La campana vuelve a sonar, esta vez entre gritos de desencanto. En medio minuto cada uno está en su clase y en el patio de la Virgen y en el de Matahacas vuelve a reinar el silencio.

La siguiente clase es de Lengua con el padre Juan. Por la mañana las clases son comunes a ciencias y letras. Por la tarde, los de ciencias tenemos Matemáticas con Don José Mejías y Física y Química con Don Antonio Arjona. Los de letras, catorce que van al final de la lista de mi curso del B, se van a otro lado y tienen clase de Latín con Don

Fernando Armenta, el de *vu parlé francés a la remanguillé*, y Griego con *el Johny*, perdón, con el padre Isidro.

El padre Juan es un cura ya mayor, siempre vestido con sotana, generalmente desabotonada en el cuello como si fuese una camisa abierta y recogida con el fajín negro como si fuese una túnica de nazareno. Lleva unos años en el colegio. Sólo sabemos de él que no es de aquí y que habla con pronunciación castellana. Al menos lo que se le puede entender. Su lenguaje es trafagoso y atropellado; comienza a hablar bien, pero la lengua se le acelera a menudo haciendo imposible entender lo último que quiere decir. A veces tartamudea. Otras se come las palabras. Sus gestos pretenden eludir las deficiencias del lenguaje. Es un cura correcto. Parece una buena persona, al menos así le tenemos considerado los alumnos, y con ninguno de nosotros ha tenido jamás el menor problema, cosa difícil teniendo en cuenta la guasa que tienen algunos como *el Largo*, *el Igi*, *el Pavón*, *el Macka* o *el Recolta*.

El tema preferido del padre Juan es la poesía y la épica medieval. El Mío Cid, Fernán González y los Milagros de Nuestra Señora son sus temas preferidos. También el Infante Don Juan Manuel, el Conde Lucanor y Jorge Manrique. Pero, más que nadie, gusta de recitar aquella serranilla del Marqués de Santillana:

Moça tan fermosa
non vi en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa.

Y aquí, en el último verso, se atorrulla y se le lia la lengua. Como quien se tira por un tobogán, finaliza las estrofas con la misma coletilla: *...de la Finojosa*.

Entre figuras literarias y personajes de la literatura, el padre Juan hace corta su clase de Lengua y Literatura. No es fácil conseguir que niños de catorce años permanezcan atentos mientras se habla de hipérbolos, metáforas, paráfrasis, eufemismos y cacofonías. Sólo la actividad inquieta y el nerviosismo acusado del padre Juan consiguen el milagro. El padre Juan parece ir a lo suyo. Si hubiera estudiado ciencias en vez de letras, respondería a la imagen clásica del científico tan brillante como loco y despistado. Se le ve poco por el colegio cuando no está dando clases. ¿Dónde se mete? ¿En su habitación leyendo? ¿En una biblioteca oculta escondida por entre las enigmáticas e inaccesibles dependencias de las habitaciones de los curas cuyas ventanas dan a la fachada principal del colegio? Sólo se le ve cuando va o viene de clase con su libro de literatura en la mano apoyado sobre su pecho. Alguna vez remató, al pasar, algún balón enviado a un hueco en el que no había nadie y, remangándose la sotana, entre risas, embarullándose como solía hacer todo lo que hacía, envió el balón a las nubes entre risas y gestos expresivos.

El padre Juan tiene una gran virtud: no es que nos haga amar la literatura, cosa improbable a estas edades, pero, al menos, consigue que no la odiamos. No suele meterse en nada. Nunca tuvo problemas con nadie ni nadie los tuvo con él. No es poca cosa. A poco que se estudie algo se aprueba fácilmente con él. Es una persona vitalista y optimista. Parece vivir en su mundo, ajeno a cuanto le rodea. Nunca ha ocupado cargos importantes en el colegio, ni ha pronunciado sermones importantes como el padre Bernabé, que dicen los mayores que predica muy bien, pero que a nosotros nos parece

un poco pedante y pejiquera, ni muestra inquietudes innovadoras como el padre Hurtado o el padre Espejo. Pero cae bien a todo el mundo. Parece conformarse con sus rezos y su literatura y no ambicionar más. Una y otra vez, no hay clase en la que no repita, entre aspavientos, su conocido ejemplo de...

...las doce dan, yo me acuesto.
¡Quédese para mañana!

Viernes, 7 de noviembre de 1969.

Esta mañana las clases han transcurrido con normalidad. De nueve a diez estudio vigilado. Luego clases de Francés, Religión con el padre Millán y Ciencias Naturales con Don Antonio Arjona. Por la tarde las de siempre: Matemáticas y Física y Química. Acabadas las clases, a las siete de la tarde, he ido al Cine-Fórum. Han proyectado la película de Stanley Kubrick *Teléfono rojo. Volamos hacia Moscú*. No he entendido nada. Al final de la proyección, como siempre, ha tomado el micrófono el padre Espejo y ha comenzado a explicar planos y técnicas utilizadas por tan afamado director. A pesar de sus explicaciones sigo sin haber entendido nada. No sé qué tendrían que decir Pepe Díaz-Borrego, Jesús Rodríguez Cabezas o Diego García Jiménez cuando han tomado la palabra para comentar aspectos diversos de la película. A tenor por lo que han dicho, igual que yo, tampoco se han enterado de nada, pero se la dan de modernos dando a entender que lo han comprendido todo.

Sin duda ha sido la peor película que han proyectado en el Cine-Fórum. Al menos yo no me he enterado de nada. Falta de ritmo y de una historia atractiva, lo más insoportable del mundo es una película pesada. El revuelo y el ruido de la sala me daban la razón. El padre Millán ha mandado callar varias veces durante la proyección. Otras películas como *Viva Zapata*, *Siete Mujeres*, *Del Rosa al amarillo*, *El loco de pelo rojo*, *Candilejas* o *Juguete Rotos*, me resultaron entretenidas, pero esta de ayer, al igual que *Arabesco* ininteligibles. *Un hombre para la eternidad* sí la entendí bien, pero me resultó de una lentitud exasperante y de una falta de luz que favorecía quedarse dormido a la menor oportunidad.

Eso es lo que no quiero: Que ustedes, niños escolapios, compañeros de 5º, se queden dormidos escuchándome transportados a aquél lejano otoño de 69. El tiempo pasa, pero parece no pasar cuando nos traslada a un momento no por lejano menos vivido y en absoluto olvidado. Éstas y otras muchas más cosas he encontrado recogidas fielmente en el Diario de Juan Calasancio. Entre libros subrayados, blocs de dibujo, recortes de revistas y cuadernos de apuntes, aparecieron unos cuadernos en cuya portada se lee: Diario. Se inician en 1968, son de tamaño cuartilla, con hojas de cuadritos grapadas. En las pastas, de cartulina blanda color azul grisáceo, arriba a la izquierda está impreso el escudo del colegio. A la derecha, ocupando más de la mitad del espacio de la portada, destacan unas sombras en negro en la que tres niños, de diferentes alturas, visten el babi típicamente escolapio y parecen hablar entre ellos. En la parte inferior, dos epígrafes seguidos de líneas de puntos para ser rellenados por el propietario: Alumno y curso. Podría seguir transcribiendo páginas y páginas de este diario, pero para no ser tan

pesado con Stanley Kubrick ni tan lento como Tomás Moro, terminaré como diría el padre Juan: Las cuatro dan... yo me siento: ¡Quédese para mañana!

Ismael Yebra Sotillo.
Sevilla, 10 de febrero de 2007.
Festividad de Santa Escolástica.